

Avatares de la estructura familiar en el siglo XXI

*La función paterna. Declinación/transformaciones*¹



MARCELO VIÑAR²

La noción misma de función paterna es tan abarcativa y polisémica que, si no hacemos un acuerdo previo acerca de la perspectiva (o atalaya) desde la cual la encaramos, el riesgo es desatar una confusión de lenguas como en la torre de Babel y que cada tribu se repliegue en su semántica propia dando lugar a malentendidos y estériles disputas. Como aquellos ciegos que sin moverse querían definir la morfología del elefante que tenían delante y el que tocaba la trompa describía un tubo largo y húmedo en la punta, el del medio le tocaba la panza y decía que era seco e inmenso y el de la cola coincidía en que era tubular pero sobre todo mal oliente. Que las familias de hoy no funcionan como las de antaño es una constatación trivial y accesible.

La humanidad del hombre no se apoya ni se explica —como antaño— solo por la biología o la teología, lo más sustantivo que lo define es su *capacidad de pensamiento simbólico*, probablemente único en la escala zoológica.

«El hombre es tal en cuanto es aquel que habla —afirma M. Heidegger en una conferencia inédita, que dictó al final de su vida en la instancia de promoción de ingenieros, entre los cuales se encontraba su propio hijo—. La enseñanza tradicional postula que el hombre sea, a diferencia

1 Texto escrito a partir de la ponencia realizada en el panel «Función paterna. Declinación/transformaciones», Federación Psicoanalítica de América Latina, Niños y Adolescentes, Paraninfo de la Universidad de la República, Montevideo, octubre de 2013.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marvin@belvil.net

de la planta o el animal, *el viviente capaz de palabra*. Pero esta afirmación no significa que al costado de otras facultades el hombre posea también la de hablar. La afirmación significa que es *solo la palabra* la que torna al hombre capaz de ser el viviente que es en tanto hombre» (Heidegger, 1990).

Agreguemos con J. P. Vernant (2004): «Nacemos, crecemos, nos reproducimos, enfermamos y morimos como los animales... pero la evolución y la historia hacen emerger en el seno mismo de la animalidad, cierta cosa *que no estaba implicada en la animalidad misma*... que tomemos el lenguaje, las instituciones sociales, la religión, el arte, la ciencia, la filosofía... en todas ellas vemos ejercer la *capacidad humana de hacer presente lo que no está allí*, de representar la ausencia en todas sus formas, para fabricar objetos de pensamiento (la imagen, la memoria, la emoción)... Por eso nuestro pensamiento es simbólico: opera a través de signos mediadores. Extraordinaria capacidad de reconstruir lo que no está allí, de volver presente a la conciencia algo, bajo otra forma que no es la del objeto exterior en su realidad» (2004: 152).

Siguiendo al filósofo Bertrand Ogilvie (2003) en su conferencia titulada «Las notas del Dr. Itard», sobre el niño salvaje de Aveyron, dice algo así como: «Un animal es por su instinto mismo todo lo que puede ser, una razón ajena a él ha tomado de antemano por él la dirección de sus conductas. Pero el hombre necesita su propia razón, no tiene instinto y necesita construir su plan de conducta. Pero no es inmediatamente capaz de hacerlo, llega al mundo en estado salvaje y necesita la asistencia de los otros».

Agrega Ogilvie que Fichte ha marcado un siglo antes de que Freud focalizara la prematuridad y el desamparo originario: «Todos los animales nacen acabados y perfectos, el hombre nace apenas esbozado. Todo animal es lo que es, el hombre originariamente no es nada, debe construir lo que debe ser».

He anotado lo que precede para arrancar la noción de función paterna del hecho biológico del engendramiento y restituirlo al estatuto simbólico de la filiación. El hombre es tal desde que construye lo social para vivir. No hay yo sin tú, dice Todorov. Función paterna es la transmisión simbólica entre sujetos y entre generaciones, consecuencia de que somos seres hablantes y construimos lo social para vivir.



La problemática de la función paterna puede ser mirada desde la vida cotidiana, o desde la perspectiva de las ciencias sociales (antropología, etnología, sociología, pedagogía), o desde las eruditas ficciones teóricas del psicoanálisis —que siendo conjeturales tienen un alto valor heurístico—. O, dicho más académicamente, el mundo es demasiado complejo para un solo narrador, y el que explora debe estar atento no solo a lo que aprehende sino sobre todo a lo que ignora. El asunto entonces es tener una mirada lúcida de las zonas de cruce de estas perspectivas y articularlas de modo coherente y comprensivo.

Función paterna, que en ciencias sociales concierne al problema del poder y la autoridad del disciplinamiento y la transgresión, y en ese ámbito público atañe a antropólogos y sociólogos tanto como a educadores y estadistas y al ciudadano común, es también, en la esfera de lo íntimo, un punto neurálgico de teorización psicoanalítica cuyo valor heurístico es decisivo en nuestra clínica, en los momentos claves del cambio psíquico que promueve nuestro quehacer.

La amplitud del horizonte que abre este tema es abismal, agobiante y se entronca con la multitud de tentativas para explicar el tránsito entre el sujeto reflexivo y autoteorizante de la modernidad (ese sujeto capaz de sentirse novelista de sí mismo) y el sujeto liberado de la actualidad que se autodefine en su derecho de ser lo que quiere ser, un sujeto no sujetado ni al orden divino ni al republicano, sino autárquico, amo (o esclavo) de sus impulsos transitorios y cambiantes.

Los subtítulos que presiden este texto son elocuentes: «Declinación/ transformaciones», un término sugiere cambio, el otro decadencia. Por consiguiente no son sinónimos, y su simultaneidad pone de relieve la ambigüedad de nuestra postura, nuestra actitud ambivalente frente a los cambios en curso y el desconcierto en que nos sumergen.



Un cierto desconcierto o malestar atraviesa de modo creciente el desempeño cotidiano de nuestro quehacer: ¿cómo ser hoy terapeuta o educador o gobernante? ¿O ser un buen padre? Ciertamente es que Freud había calificado estos desempeños como oficios imposibles, pero hubo una época de

oro —siempre pretérita y perdida— en la que los logros y las glorias del oficio se podían ostentar como emblemas del progreso del conocimiento y la cultura. En sustitución, hoy hablamos de crisis, de declinación o de derrumbe, y en vez de proyectar la ilusión de un porvenir radiante vemos un futuro habitado de ominosas proyecciones.

Como aprendimos con J. P. Barrán (2009) en su *Historia de la sensibilidad*, los cambios epocales no ocurren por sustitución, en una límpida sucesión entre pasado y presente. Más bien un corte transversal y sincrónico de la sensibilidad societaria es un aquelarre o arcoíris que acoge posiciones atávicas, retrógradas o conservadoras que se mezclan e interactúan con posturas antagónicas, libertarias y de emancipación.

Pero basta viajar a otros horizontes de la América nuestra para constatar los contrastes entre los perfiles de nuestra herencia batllista de laicidad e integración y los abismos del lazo social que rigen entre patricios y clases populares en los países del Pacífico, y que hacen de América Latina el continente más inequitativo del planeta. Entonces es distinto compararse con Europa que con Chile o Perú. En nuestra comarca, nuestro pequeño Uruguay es una excepción que mitiga esas groseras diferencias. Pero la noción de autoridad —siempre anexa a la de función paterna— adquiere rasgos locales con matices diferentes en cada tiempo y lugar.

Pero aun en la diversidad se reflejan perfiles hegemónicos y otros en retroceso. El Uruguay bucólico en que nacimos los que hoy somos viejos no ha perimido (todo pasado deja marcas), pero está cambiado a tal punto que por momentos se nos vuelve irreconocible. Aquella escuela formal, vareliana, pública, gratuita, mixta y laica, junto con la escuela informal de la calle y la vereda (donde se jugaba a la payana, la figurita, los trompos, la bolita, los carozos o la gosedera), es decir, un espacio público convocante, amigable, fueron pilares o cimientos donde convergían en el mismo ámbito desde el hijo de la sirvienta y el del almacenero, hasta el del doctor y el del diputado. Supongo que con mi telegrama se resume la imagen de un país mesocrático e hiperintegrado, herencia del primer batllismo. Resumo este esquema para tomar posición: no se puede (o no se debe) pensar la función paterna fuera del contexto sociopolítico e histórico y cultural en que acontece. Cómo la faceta pública del tema se conjuga y codetermina con su vertiente íntima, ese es el tema a explorar e interrogar.

Quienes vivimos esa infancia, sin duda edulcorada por reminiscencias románticas, percibimos hoy la magnitud de la brecha en una sociedad fragmentada en segmentos que dialogan menos entre sí, en la que el repliegue endotribal es la norma. Tribus GCU (gente como uno), como las designa Gustavo Leal, tribus en las que la dialéctica de funciones materna y paterna pueden funcionar de manera disímil o diversa. Lo que era unitario y homogéneo se percibe hoy como disperso y fragmentado.



¿Qué entendemos por función paterna? ¿Una categoría fija, una esencia o invariante constitutiva de la familia nuclear propia de la modernidad occidental? ¿O un vector en cambio permanente que se teje o desteje en cada vuelta de la historia y que se constituye o deconstruye en cada movimiento de esa trama compleja que llamamos estructura familiar? Nuestro enfoque será constructivista y antiesencialista. Dicho más explícitamente, nuestro referente es cultural y/o antropológico y preferimos la transitoriedad de un saber que se acompasa con la historia a la fijeza de componentes invariantes que derivan de Dios o de la biología o de la estructura.

PATERNO Y MATERNO

Que la anatomía es el destino nos parece un cincuenta por ciento de la verdad, ni del todo mentira, ni del todo una verdad determinista. Nacer hombre o mujer no es suficiente para convertirnos en tales, decía J. P. Sartre; solo señala una dirección prevalente o un punto de partida de una construcción identitaria a transitar. El intervalo entre la diferencia anatómica de los sexos y la diferencia de géneros como construcción cultural es siempre controversial y a interrogar en cada tiempo y geografía cultural. En lo personal me interesa más discutir los fundamentos que tomar una posición militante, paranoica, de opresores y oprimidos. La opresión patriarcal y la emancipación femenina, que es el hecho fermental más fecundo del siglo xx que primó en la historia reciente, son y serán un tema candente y siempre inconcluso.

El largo y complejo camino de la sexuación (singular) que anuda la pulsionalidad con el marco cultural y humano que la enmarca no puede

prescindir del cuerpo anatómico originario, es sobre este que se construye el género, como apoyatura o como obstáculo al deseo. Butler sostiene con contundencia: «La diferencia sexual nunca es sencillamente la consecuencia de una diferencia anatómica, biológica, siempre está marcada y formateada por las prácticas discursivas. Pero tampoco el discurso puede ser entendido como la causa de una identidad sexual. Biología y discurso marcan y formatean la sexuación».

Considero que la igualdad de derechos y oportunidades entre los géneros es una conquista o meta política indiscutible. Mi única objeción, mejor dicho advertencia, podría ser confundir esa igualdad de derechos con una homogeneidad de sensibilidades en un gesto que desconozca las diferencias fundadoras como opuestos complementarios que se enriquecen recíprocamente, y distinguirla de la igualdad mimética que remeda la histórica soberbia del paterfamilias como modelo de masculinidad y dominio.

Admitir que en la diferencia de sexos y/o de géneros hay un punto de enigma irreductible que nos duele, pero también nos interroga de manera interminable, me parece más legítimo pero más difícil que declararse machista o feminista.

Pero aun renunciando a un saber explicativo y total, no todo en la historia es enigma y opacidad. También hay evidencias (por ejemplo en esto acompaño a Eric Hobsbawm y/o a J. P. Barrán cuando declaran que la emancipación de la mujer es —en Occidente— el hecho societario más relevante de la historia del siglo xx, superando después de siglos o milenios su rol subordinado a un orden patriarcal hegemónico). Como cuando en medicina preventiva la acción es exitosa, el logro parece obvio y no se mide el esfuerzo que ha significado construirla. Todavía no calibramos la magnitud del cambio revolucionario que comporta una sociedad sustentada en el postulado de la equidad de géneros. Revolución que germina entre hinchas y detractores, cuyos frutos, dulces y agrios, habrá que digerir. No hay buena gastronomía sin algún dolor de barriga. Este prefacio del lugar de la mujer me parece ineludible para discutir los avatares actuales y locales de la función paterna.



El psicoanálisis nació en la aurora del siglo xx y sus textos fundadores son el producto de la genialidad de S. Freud en conjunción con la mentalidad o sensibilidad de la coyuntura histórica de su tiempo y lugar (cronotopo, Bajtin). Con Bajtin quiero decir que la producción científica es subsidiaria de la creación de dispositivos de visibilidad de los fenómenos que estudia, pero también de la sensibilidad e ideología de su tiempo. Este es un hecho que hoy me parece innegable y refuta la pretensión iluminista de un mundo estable, coherente y transparente, sujeto a la utopía de un determinismo universal, como alegaba Laplace como meta ideal de la operación epistémica. En ciencias del sujeto, nuestro objeto de investigación no son las cualidades estables sino los algoritmos del cambio, la variación más que las regularidades observables.

La función paterna como vector cardinal de la estructura familiar emerge en el repertorio semántico y conceptual del psicoanálisis enroscada al entusiasmo freudiano de descubrir la sexualidad infantil y el complejo de Edipo como complejo nuclear de la neurosis, y por añadidura —pero un añadido tan grande como el cuerpo del mensaje— como eje organizador o cimiento de la personalidad.

En el 1900 se produce el auge de la familia nuclear, es decir, segregación o separación nítida de las funciones de cada género. Y sobre todo moral victoriana o calvinista que legislabá con nitidez el intervalo entre una sexualidad concebida como legítima y otra considerada como transgresora o patológica, incluso condenable y castigable para la ley. ¿Qué dirían los moralistas del 900 de la progresiva desnudez y exhibición de los cuerpos a lo largo del siglo xx?

Cambios de la mentalidad, de la sensibilidad (Barrán), que se trenzan e interactúan con los progresos de la expansión científica y tecnológica. El terror a las enfermedades venéreas y al embarazo no deseado cuenta hoy con medidas instrumentales para minimizar sus daños y peligros que antaño constituían el telón de fondo o el reverso ominoso de la búsqueda del placer orgásmico como fin en sí mismo o control de la natalidad, también llamable planificación familiar. Y sobre todo decadencia de un discurso religioso que condenaba la búsqueda del placer, del hedonismo, con el estigma de la culpa y el pecado.



«Mucha agua ha corrido bajo los puentes en estos últimos 30-40 años. El problema es que en muchas situaciones, mientras el agua fluía cada vez más rápido, nosotros estábamos sobre el puente creyendo que como nosotros estábamos quietos, el agua también lo estaba» (Gil, 2013).

De aquel tiempo de un sujeto sujetado a las exigencias del sacrificio, el deber y las obligaciones que le imponían el orden establecido a un sujeto posmoderno soberbio en su autarquía, seguro de que ningún orden social —divino o republicano— podría impedir la autorrealización de su deseo. Esta lectura de la evolución del modelo de sujeto prevalente (y en las últimas décadas los modelos alternativos de estructura familiar en la modernidad occidental del último siglo) es un paso preliminar ineludible para sumergirnos en la *otra escena*: las consideraciones psicoanalíticas sobre la función paterna y sus cambios, transformaciones o declinación en el mundo de hoy.



En el planteo mismo del asunto surge ya un primer parteaguas o tema de controversia. Podemos pensarlo como estructuras simbólicas invariantes, atemporales y ahistóricas que solo cambian de ropajes para reiterar los mismos dilemas o desenlaces. (Vanidad de vanidades, nada nuevo hay bajo el sol.) O es el vértigo civilizatorio, el acelerado cambio de hábitos y costumbres que el siglo xx ha desatado a una velocidad inédita en la historia, lo que nos confronta con realidades inéditas que cuestionan las categorías y modelos explicativos que hemos utilizado hasta el presente.

No me considero competente para pronunciarme en este dilema, pero más allá de mis carencias personales pienso que en estos tiempos de turbulencias es mejor permitirse dar cabida a la perplejidad y procurar formular buenas preguntas y dispositivos de visibilidad e interrogación que dar respuestas prematuras que sofoquen la indagación. Tal vez haya que explorar en las dos puntas: en la lectura de los cambios y en la búsqueda de las invariantes. Pero escudarse en paradigmas prestigiosos de la modernidad y saltarse la semiosis de los cambios en los que estamos

inmersos puede conducir a teorizaciones abstractas que, al modo de fetiches, nos oculten lo que necesitamos explorar, porque aún no entendemos lo que ocurre.

Transformaciones siempre hubo, de progreso y declinación, porque la vida social suele ser una hábil y compleja mezcla de logros y penurias, solo que ahora estos cambios van al galope y nos dejan sin aliento. Tal vez la dificultad mayor es que al interrogar un presente en movimiento —sin la perspectiva de un tiempo transcurrido (el acontecer en gerundio lo llama Myrta Casas— acordar cuáles son las direcciones del sentido y del sin-sentido es aún más difícil.

Mis amigos historiadores me enseñaron que los actores que protagonizaron la Revolución francesa no tenían un sentido cabal de la dimensión del acontecimiento que estaban protagonizando y que este solo pudo ser significado por quienes tuvieron otro intervalo de tiempo y perspectiva. Más en la querencia, un don Antonio Lussich nunca tuvo del bosque que plantó la plenitud de la mirada que hoy cada uno de nosotros puede disfrutar. Ergo, interrogar la función paterna en la actualidad implica no hablar de lo que se sabe sino de lo que se ignora, pensar en acto la propia ignorancia. No somos historiadores de sensibilidades consolidadas, sino ensayistas de la contemporaneidad, pensar en gerundio en lo que está ocurriendo y pensar con Barrán que lo que nunca ocurrió puede estar aconteciendo ahora. Esta potencialidad múltiple del presente y su multiplicidad factorial casi inabarcable y el fracaso del materialismo histórico y otras reflexiones predictológicas nos hacen, tanto en ciencias duras como humanas, ser menos dogmáticos, deterministas y estar disponibles a la incertidumbre y la indeterminación.

Testigos y protagonistas de nuestro presente, la interrogación de hoy nos coloca simultáneamente en la función de actores y de jueces. Los estilos de ser padre y madre, roles simultáneos y complementarios, muestran hoy un paisaje diverso y variopinto, probablemente menos homogéneo que antaño. Hoy los obstetras suelen invitar al padre a la sala de partos, cosa que hace poco era mal vista o proscrita. La mujer ingresó al mercado de trabajo y puede ganar igual o más que su compañero, de modo que el cuidado del bebé y del niño es más compartido y alternante.

FUNCIÓN PATERNA: TRANSFORMACIONES DESDE LA VIDA COTIDIANA: HÁBITOS Y COSTUMBRES

Tres viñetas

- Cuando yo era niño —por supuesto en otro siglo o milenio, quiero decir en otra cultura—, mi madre era una gorda bonachona y tolerante que tenía como profesión «ama de casa», un oficio que cumplió con tanto rigor y esmero como el páter, que metódicamente trabajaba de ocho a doce y de catorce a dieciocho. En ese entonces yo era un burguesito malcriado, majadero, que gustaba forzar los límites de la benevolencia materna con impertinencias hábiles, sutiles y fastidiosas. En una de esas escenas reiteradas —o recompuestas por las deformaciones del recuerdo—, apareció inopinadamente el páter, quien me dio una humillante y ofensiva cachetada y lacónicamente pronunció: «Así no se le habla a una señora». Yo aprendí (mi sagacidad infantil mediante) que si en lo sucesivo quería portarme mal con la Vieja, tenía que explorar previamente y con rigor que la figura de autoridad estuviera distante o ausente. Quizás hoy la anécdota podría ser pensada con una óptica distinta y rotularse maltrato infantil.
- Un par de décadas más tarde, el oficial del Registro Civil que formalizó mi unión marital con mi mujer dijo enfáticamente y con solemnidad que ella me debía obediencia y yo le debía protección. Estoy seguro de haber cumplido honrosamente mi parte del contrato; la recíproca —puedo asegurarlo— se cumplió muy raramente en medio siglo de vida conyugal.
- En una esquina montevideana, un joven roquero melenudo y vestido según los parámetros actuales de la moda juvenil cruza la calle con el semáforo en rojo, gesticulando y hablando por celular. Un moderno auto le claxonea con insistencia, hasta que el joven se digna responder levantando al cenit el dedo medio de su mano izquierda. En respuesta, del auto potente baja un sesentón enfurecido que lo insulta y lo golpea. El escándalo callejero se resuelve con la mediación de terceros. Debo esta narración a Maximiliano Guerra, que resumí a mi estilo y manera. Su análisis puede encontrarse en http://www.180.com.uy/articulo/23152_El-foso-infranqueable.

La cachetada de mi padre señala, en un vínculo íntimo, las fronteras difusas entre los vínculos de autoridad y los de reciprocidad en la definición de límites. Frontera de los lazos humanos que a veces se subrayan, otras se diluyen, pero en esa cotidianidad se cocinan los parámetros y códigos que a mayor escala formatean la función paterna: interiorización de autoridad.

El texto de la ley matrimonial dice, con elocuencia telegráfica, el lugar que la ley otorgaba entonces a la mujer en la sociedad. Lugar de la mujer, por lo tanto el del hombre, porque ambos son codependientes y se definen recíproca y complementariamente. Creo que hoy el texto citado ha sido reemplazado por el de asistencia recíproca de los cónyuges. Sin duda con nuestros valores vigentes, la reciprocidad es mejor y más justa que la obediencia y el sometimiento. Sin embargo la casuística de maltrato doméstico y hasta de asesinato conyugal crece igual o más que la economía. Es difícil discernir en la evolución de la civilización cuántos de los cambios son índices de progreso y cuáles de retorno a la barbarie.

La anécdota del tránsito pone en evidencia la no coincidencia de las generaciones en los índices de disciplinamiento y transgresión. Leyendo al Barrán de la *Sensibilidad*, reafirmé (no me atrevo a decir corroboré) la presunción que tenemos los psicoanalistas de que hechos nimios en apariencia insignificantes (los desechos de la vida psíquica, diría Freud) son a menudo reveladores elocuentes de la mentalidad de una época y de la peripecia de los sujetos que la habitan.

Me parece útil para el tema que abordamos recordar que hablamos de función paterna y no del padre o del papá en su titularidad carnal, y que la función puede (o debe) ser cumplida por él o sus subrogados en derivaciones a veces congruentes y otras veces bastante bizarras, por ejemplo qué tipo de función paterna cumplen el INAU, el Sirpa (Sistema de Responsabilidad Penal Adolescente) o el Codicen o el HNX Fútbol Club, donde los hinchas o adeptos crean o instituyen la función paterna, o por el contrario, con odio, la destituyen. Mis viñetas, tal vez demasiado simples y pueriles, procuran ilustrar de modo breve la función del *no* —del límite y la prohibición—, que es el emblema distintivo de la generación de nuestros padres. Mi percepción es que en las últimas décadas se ha producido un movimiento pendular desde el secular exceso de severidad hacia un exceso de indulgencia.

También me parece útil crear un marco teórico —en esto plagio a Daniel Gil e I. Lewcowicz— de distinguir aquellos hechos que remiten

a la ley antropológica o a la norma jurídica o a la regla social. Estos tres niveles se ordenan en dependencia jerárquica, pero mantener la vecindad y heterogeneidad de estos registros puede ser útil para la comprensión y ahorrarnos un diálogo de sordos.

La primera —ley antropológica—, al instituir las leyes de parentesco y el horror al incesto, crea la heterogeneidad entre vínculos de consanguinidad y lazos de alianza, y de esta manera consolida la humanidad de un grupo humano. La norma jurídica crea pactos que buscan definir los perímetros de la libertad, negociar la enemistad y las fronteras de lo que está permitido y lo que está prohibido o castigado. Y la regla social, esa dinámica incesante de la historia, que desafía y cuestiona los hábitos y las costumbres hegemónicas de un tiempo dado para instituir otros que a su vez se volverán hegemónicos y refutables. Castells (2001) define en *El poder de la identidad* una tensión entre identidades consensuales o hegemónicas e identidades de resistencia y lucha por la legitimación.

Un simple ejemplo: ¿quién diseñó el formato del traje de baño femenino entre el 1900 y el 2000? ¿El orden simbólico de la ley antropológica, la norma jurídica o las costumbres de convivencia? Estas no son fijas y perennes y cambian con la historia, a veces lentamente, otras veces al galope, como ocurre actualmente. Yo no ceso de sorprenderme cuando el o la joven de la tienda se dirigen a mi respetable ancianidad: «¿Qué querés? ¿En qué puedo ayudarte?». O ante las efusiones amorosas que presenciamos en la tele o en el cine, o en el corredor de la casa de estudios, cuando en nuestra juventud (hace pocas décadas, un segundo en la historia) en el cine la escena culminaba y se extinguía con el primer beso en los labios. Tiempo aquel de los oscuros y recatados besódromos donde podía irrumpir la policía y denunciarlos por atentado público al pudor.

En algún texto de Lévi-Straus leí que en los cambios que genera la dinámica de la historia lo necesario —pero difícil y controversial— es discernir cuándo declina un orden simbólico para instaurar el subsiguiente y cuándo se trata de un desmoronamiento regresivo y desdiferenciante que no propone o legisla un nuevo orden de convivencia. En el desarrollo tumultuoso de la historia nunca es nítido ni obvio cuándo las transformaciones son decadentes y cuándo crean instancias de progreso.

Si bien el referente antropológico (simbólico), el jurídico y el costumbrista muestran los relieves de su especificidad y es pertinente y legítimo

pensarlos como heterogéneos, mis anécdotas del comienzo —o los miles de ejemplos análogos que se les pueden agregar— muestran, desde la insignificancia de lo cotidiano, cómo los tres registros se entrecruzan, o por lo menos están en tensión.



Como otros pensadores de la contemporaneidad, Erich Hobsbawm trae cien opiniones en su *Historia de un siglo corto: el siglo XX (1914-1984)*, subrayando que el cambio societario más significativo de este es la emancipación de la mujer en su reclamo de igualdad de derechos y oportunidades.

Si bien la realidad política de esta conquista es aún controversial y lugar de algunas escaramuzas, su legitimación en el debate societario me parece un logro indiscutible. Basta consignar la lista de presidentes en el continente o la demografía del egreso universitario para constatar la feminización de tareas relevantes que hasta hace poco tiempo eran de resorte exclusivo del sexo masculino. Ciertamente este debe ser un hecho relevante en el fenómeno complejo que mal resume el rótulo de derrumbe de la sociedad patriarcal. Dentro de este marco general procuro esquematizar la perspectiva de un psicoanalista cuya mirada del lazo social privilegia lo íntimo.



A mi entender, poner el énfasis en las consecuencias de la prematuridad al nacer ha sido uno de los descubrimientos o aportes fundamentales del psicoanálisis y un buen punto de partida para describir y discutir la función paterna y los avatares de sus cambios en curso... Aventura de conjeturas en la que avanzamos a tientas, más proclives a desmalezar senderos que a cosechar del árbol del conocimiento.

Esto significa (como señala M. Pelento) que el pichón humano no nace aún sujeto humano, sino que se construye como tal sobre todo en el curso del desarrollo temprano. Y este proceso madurativo entreteje varios parámetros o vectores (exógenos y endógenos) cuyo peso o importancia relativa son materia de arduas discusiones. Sin duda la maduración neurológica juega su rol, el cerebro duplica su peso, la visión gana en precisión

a partir de la corta distancia que percibe inicialmente, el recién nacido insueme más de un año en disponer de su sistema locomotor y manejar su cuerpo. Aún otro par de años para conquistar su función de hablante.

¿Cómo ingresa el freudismo en esta temática?

Como en toda estructura, la importancia del total, la relación y congruencia entre los elementos es más importante que la consideración singular (o aislada) de cada uno. Aunque la nota del padre sea muy importante, la melodía —melodiosa o desafinada— está configurada por los roles y los vínculos de la organización familiar.

La función paterna no es un tema factible de ser tratado separadamente del tema de relaciones de parentesco (lazos consanguíneos y/o de alianza), que desde los griegos establece una frontera entre filia y eros, ternura y erotismo. Frontera o aduana que distingue (simbólicamente) la habilitación o prohibición de las relaciones sexuales o sus sucedáneos.

Prohibición y horror al incesto (ley fundante de la cultura o de la hominización, dicen los sabios), pero ¿qué niño o niña no guarda en los laberintos de su memoria una expresión más o menos realista o desfigurada del shock sexual primario, esa experiencia inaugural del erotismo que conjunta tentación y prohibición? No en la experiencia nítida de la conciencia habitual, sino en un inhabitual y fulgurante exceso de excitación que mal nos permite discernir entre percepción y alucinación. Y que en el a posteriori insiste con cargosa recurrencia, con alusiones hipernítidas (*überdeutlich*) sin que jamás podamos discernir cuanto en ellas hay de realidad y cuanto de ficción.

Yo creo haber llegado a la edad de la inimputabilidad (hasta los dictadores mueren en sus casas) para poder decir en un lugar público, para mí sagrado, la UdelaR, estas cosas que todos sabemos y de las que —por pudor— raramente o jamás hablamos, salvo en la experiencia límite de la sesión psicoanalítica.

La penumbra (o la aurora) con que vivimos esa experiencia inicial, mejor decir iniciática, es el zócalo enigmático donde se inicia el primer capítulo —esencial— de la novela familiar del neurótico, combinatoria de ficción y realidad que hace germinar y florecer al sujeto racional que vendrá después. Es en ese zócalo inicial incierto (creado en y por la cultura o por el discurso) que se distingue la epistemología de las ciencias

del sujeto de la epistemología de las ciencias naturales. Estas tienen un referente extradiscursivo, pasible de un enfoque monológico; nosotros carecemos de él porque nuestros objetos de estudio son productos de la mente humana, es decir, un objeto cambiante y siempre en movimiento que solo podemos capturar en el campo dialógico configurado por el observador y el observado.

El orden de legalidad de los fenómenos humanos no tiene la fijeza esperable de los fenómenos naturales. No tenemos en ciencias humanas leyes derivadas de la observación de equivalentes al sol que sale siempre por el este. Y la vocación de exactitud puede ser dañina y peligrosa, como lo muestra la historia del siglo xx, en el uso de verdades pseudocientíficas para la justificación de la barbarie.

El abanico que se abre entre las ciencias exactas y las conjeturales es amplio y conviene preservarlo abierto para evitar la tiranía de la pseudocientificidad, como el disparate del vale todo o la creencia en que nos precipitan las definiciones sin vacilación.

¿Es exacto o erróneo que la vida humana comienza en el instante en que el espermatozoide penetra en el óvulo? ¿O esta certidumbre biológico-teológica sofoca el debate sobre la filiación humana, el deseo de hijo y la transmisión entre generaciones?

Pero lo que ciertamente nos importa en el tema que nos ocupa es que la inmadurez fetal extrauterina que caracteriza el primer año de vida y la angustia de aniquilación que es su corolario vuelven ilusa la noción de individuo que resulta del espejismo de ver un cuerpo distinto, de apariencia independiente, y focalizan en la dupla madre-bebé el origen del ser. Insólita situación la de la especie humana en que la dependencia extrema sitúa lo nuclear del sí mismo descentrado y tensado hacia otro, no hay yo sin tú, resume Todorov. Insólita situación de que otras especies nazcan completas en el repertorio de sus conductas fijas y genéticamente definidas, predeterminadas por su dotación instintiva, mientras que la especie humana —como anticiparon Kant y Fichte— nace apenas esbozada, al principio no es nada, y solo el reflejo de succión, el olfato y el oído están aceptablemente maduros al nacer.

Pero dejemos la descripción y semiosis a otras profesiones y volvamos al recinto que profesionalmente nos define, el psicoanálisis, en el que los

nexos entre lo figurativo y lo simbólico abren otro difícil capítulo a explorar. ¿Cómo se anuda la facticidad empírica a la que asistimos en sus cambios acelerados e inesperados con los modelos teóricos de comprensión que heredamos de los paradigmas de la modernidad?

FUNCIÓN PATERNA Y PSICOANÁLISIS

Entiendo que la conceptualización psicoanalítica de la función paterna está estrechamente entrelazada con las hipótesis o ficciones teóricas relativas al origen y desarrollo del psiquismo humano. En un aparato psíquico mucho más primitivo que el del complejo de Edipo (esto sería una pulsionalidad empujada por el amor incestuoso y la rivalidad parricida) hace relieve la intuición freudiana del desamparo originario (*Hilflösigkeit*) como consecuencia de la prematuridad puesta en llaga viva por el trauma del nacimiento. Este desamparo tiene como efecto la dependencia extrema del entorno protector, de ordinario la madre.

Los psicoanalistas pensamos (al menos yo me afilio a esta tesis) que el protopsiquismo brota en la díada madre-bebé —más precisamente en el universo de sentidos que se crea en el vínculo entre la boca y el seno—. Concebimos un tiempo originario en el que el recién nacido concibe el seno como prolongación del sí mismo y no como ser separado. Dicho en términos más claros, el psiquismo inicial es un hecho relacional que precede a la interioridad y la constituye antes de que podamos hablar de subjetividad. Basado en las observaciones de Henri Wallon, Bleger habla de indiferenciación originaria o sincretismo para designar ese estado de la mente que no puede distinguir un interior y un exterior. No hay distinción yo-no yo, no hay discriminación mental del mundo externo, el cuerpo y la mente. Este sincretismo es correlativo a la inmadurez biológica de los comienzos extrauterinos del ser humano (neotenia).

La misión capital de este protopsiquismo es yugular la angustia de aniquilación inherente a la extrema inmadurez biológica. Es comprensible que la importancia del objeto auxiliador sea proporcional a la fragilidad de ese ser en gestación. Con la pérdida del nirvana intrauterino (en el que temperatura y alimento fueron constantes) aparece la alternancia entre hambre y saciedad, entre presencia y ausencia, entre satisfacción y zozo-

bra, con sus caracteres extremos de deleite y catástrofe. Este umbral de significados (o sentidos) en un mundo de contrastes extremos (siempre me asombra la analogía o isomorfismo con el tiempo inicial creado por las cosmogonías) lleva a la superación del sincretismo del comienzo y desde la indiferenciación inicial se va descubriendo que el objeto auxiliador no es posesión del sí-mismo, sino un ser distinto y autónomo. Descubrimiento correlativo a la maduración neurológica y a la alternancia de la experiencia de ausencia y presencia.

Como la hipótesis del Big Bang astronómico creando la conjetura de un inicio del universo, yo le atribuyo un valor fundacional a este pasaje de la ontogénesis del psiquismo a este momento lógico del tránsito entre la indiferenciación originaria y el reconocimiento del objeto como otro distinto e independiente. Desde su origen dual o fusional entre la boca y el pecho, el descubrimiento del uno y del tercero son coextensivos y simultáneos. Punto de nacimiento de un sujeto frágil, incompleto y falente, como colapso del nirvana que lo precede.

Mis colegas reconocerán en este telegrama el aporte de Lacan en el estadio del espejo y el Edipo temprano en la teoría kleiniana de las posiciones (tránsito de posición esquizoparanoide a la posición depresiva). Estas ficciones teóricas que sintetizo nos permiten conjeturar la comprensión de la manera en que la indefensión originaria y la dependencia extrema, que es su corolario, pueden inscribir marcas en la prehistoria de un sujeto. Desde este acto fundacional (la fusión versus el reconocimiento de la incompletud y la alteridad), serán —en escenarios y figuraciones múltiples— tensiones a perpetuidad en el transcurrir de la vida humana. El discurso de la servidumbre voluntaria de Etiènne de la Boétic antecede en cinco siglos al psicoanálisis al plantear el tema de la articulación de lo subjetivo y lo político-social en la sujeción del «yo» al nosotros.

Pensar por nosotros mismos o dejar que nos piensen los otros será para siempre un dilema difícil de dilucidar. La ilusión de que lo endopsíquico y lo intersubjetivo tengan una frontera nítida me parece una aporía que genera más errores o equívocos que esclarecimientos. En el «yo pienso» más hondo y reflexivo de la primera persona del singular, la intrusión y la hipnosis de la cultura hegemónica imperante me parecen un escollo insalvable —o al menos— más laborioso de lo que creemos. El otro

que nos piensa, que fue inicialmente la madre fundadora o más tarde la religión o las prohibiciones o tabúes que cualquier cultura genera, me parece el alfabeto o la trama básica de lo que en psicoanálisis llamamos función paterna. A la ternura del *parenting* o el *nurturing* que brinda la imprescindible función de soporte —antes llamada función materna—, se vuelve necesario ponerle un coto, o un límite que llamamos función de corte, precursora de la función paterna. La noción lacaniana del Otro con mayúscula y su exégesis del tema hegeliano de amo y esclavo ahondan en el tema sobre el que estamos surfeando.

El no-todo que se impone es el límite necesario al caos salvaje de lo íntimo, y su función interdictora, restrictiva, podría ocultar o hacer menos visible su carácter organizador y estructurante. Sin prohibición no hay deseo. Para disfrutar una bebida es tan necesario el líquido como el recipiente, el agua como el vaso.

Entre la fuerza centrífuga del deseo y la fuerza centrípeta de la ley se genera el sujeto humano descentrado que estudia el psicoanálisis. Sería tosco y erróneo pensar que el deseo viene de adentro y la prohibición o legitimación viene de afuera, del *socius*. El adentro y el afuera de esta experiencia psíquica poco tienen que ver con la espacialidad yo-no yo propia de la conciencia. Si digo «mamá me quiere» (o lo contrario), nunca sabré cabalmente cuánto viene de ella y cuánto de mi lectura. Tan borrosa es esta interfase (o frontera) entre lo propio y lo del otro que fue necesaria la invención del orden jurídico para regularla. En el terreno de los afectos, la objetividad y la alucinación juegan mucho al gran bonete, no solo en el tiempo del *infans* sino a lo largo de la vida, y ahí se amasan los ingredientes de nuestro quehacer cotidiano. Lo que importa es que desde los albores del sujeto humano —ese que se jacta de su racionalidad y libre albedrío— su mente ha funcionado en la tensión dialéctica de dos polos, el del impulso y el del freno. Es erróneo atribuirle al impulso la interioridad y al freno (la ley) la exterioridad. Eso que en nuestro interior percibimos como exterior, como ajeno, porque se opone a la instancia del deseo que percibimos como lo más propio y nuclear.



Hijos de esta época de cambios acelerados pero herederos de milenios de linaje y de cultura patriarcal, ¿cómo no sentir también como amenaza la emancipación de la mujer, que tantos hombres y mujeres han promovido? Su ocupación de lugares de poder y de prestigio que antaño nos eran asignados en exclusividad. La envidia del pene ¿es un hecho de observación clínica o una percepción condicionada por la captura ideológica gestada durante milenios que engendraron universos de sentido, previos y más fuertes que nuestras elucubraciones racionales y que son también anteriores a un mundo afectivo que apenas manejamos a medias?

¿No habrá también envidia de un cuerpo —el femenino— capaz de albergar en su interior la semilla del proyecto de un ser humano, único consuelo a nuestra condición de seres efímeros a la vez que pasionalmente atrapados en la compulsión o pasión de transmitir eso que somos, eso que creemos los excelsos valores de nuestra propia y vanidosa humanidad?

¿No habrá también envidia ante el dictamen de Tiresias cuando sanciona que el orgasmo femenino es siete veces más intenso y menos fugaz que el masculino? ¿No habrá envidia de que ellas puedan ir a la cópula sin el temor a la erección insuficiente o la eyaculación prematura? En fin, siempre se envidia lo que no se tiene, o lo que no se sufre o lo que nos falta, y por eso doy por afirmativas las respuestas a las preguntas que termino de formularme.

Simetría de derechos y oportunidades en el ágora pero asimetría de sensibilidad o mentalidad. Lo que reformula el problema de la distinción hombre-mujer no planteándolo en términos de reconocer y legitimar la igualdad sino de explorar el enigma de la diferencia como tarea específica del psicoanálisis.

De consiguiente, la función paterna —la ejerza el hombre o la mujer— tiene como columna vertebral el reconocimiento de la incompletud y la necesidad del otro, del diferente, del álter, como complemento imprescindible e ineludible para definir su humanidad.

Hay un amor posesivo —el de la identidad especular—, amor pigma-leónico que solo reconoce en el otro la imagen que uno ha hecho de él o de ella. Hay otro amor —más difícil, casi inaccesible— que es capaz de albergar y contener la alteridad y la opacidad del partenaire. La destitución subjetiva, la herida narcisista que implica el pasaje de una a otra forma de

amar comporta un dolor interminable, pero relanza y dinamiza el deseo. (Debo confesar que esta idea la robé de un debate entre Barrán y Daniel Gil sobre Tristán e Isolda.)

Yo no tengo muy claro cómo se articula la experiencia primigenia de fusión y separación del primer objeto de amor (el pecho materno), pletórico de sensualidad carnal, con los desafíos con los que la diversidad de las experiencias de vida nos confronta en materia de convicciones, valores e ideales con los que son afines o distintos a nosotros.

¿Cómo acontece que, partiendo de un narcisismo primordial que rivaliza y quiere destruir al diferente —cuya figura actual y patente es la identidad cerrada del xenófobo—, se logre tolerar y legitimar la diversidad y soportar la alteración que nos produce el diferente?

Freud escribió en 1925 un breve y bello texto: «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos». Texto que emerge en una cultura patriarcal. ¿Cómo reformularíamos hoy esa problemática?

El psicoanálisis ha asumido en su corpus doctrinario que las diferencias de género y de generaciones son las pautas estructurantes que operan como cimiento de la organización psíquica. Las prácticas sexuales vigentes hoy día —y mediáticamente exhibidas— parecen poner en tela de juicio y cuestionan esta docta y dogmática afirmación (bisexualidad, pedofilia, Dominique Strauss-Kahn, Berlusconi). ¿Qué implica su derrumbe como referente civilizatorio? ¿Cambio epocal o catástrofe? Mi opinión personal es que la clínica psicoanalítica es una clínica del *après-coup* y no podemos como psicoanalistas hacer predicciones —aunque como ciudadanos nuestro testimonio valga tanto o tan poco como cualquier otro—. En todo caso, en un mundo globalizado e interdependiente, habitado por fundamentalismos guerreros, esta cuestión del reconocimiento y la legitimación de la diferencia es fundamental y ningún campo académico es capaz de resolverlo por sí solo.



La palabra declinación o decadencia que acompaña el tema que abordamos tiene una de sus fuentes argumentales en la experiencia cotidiana en diferentes escenarios donde el decir *no* intergeneracional resulta más

engorroso que antaño, tanto en la escena doméstica como en la institución educativa. Derrumbe de la figura patriarcal me resultó una etiqueta demasiado fácil y genérica. Prefiero evocar escenas hogareñas o escolares en que la ira o incluso la mirada adusta del adulto nos hacían temblar.

«Esta es una conversación de grandes, usted (el niño) se calla la boca.» Variantes de esta sentencia condenatoria deben estar en el archivo de memorias de la gente de mi generación. Hoy en día, en vez de silenciarlo o mandarlo a la cama, es su majestad el niño quien conquista el epicentro de la atención. Yo tengo magníficos recuerdos del despertar de mis impulsos eróticos llevados a la práctica de manera laboriosa, clandestina, en la última fila del cine de mi pueblo. Allí en la oscuridad, decenas de púberes liceales descubrían las tierras incógnitas de la experiencia sensual. Hoy, los y las quinceañeras se alcoholizan en la «previa» (un escenario que me parece siniestro), para aturdirse y descubrir el erotismo en un estado de conciencia alterado por la droga (alcohol, porro o cocaína) y les explican a sus madres la diferencia entre «coger» y «hacer el amor».

Quisiera desmarcarme de una mirada valorativa, moral, tutelar o correctiva o normalizante y crear un espacio ficcional para pensar los códigos simbólicos que habilitan o sostienen escenas tan distintas, del padre severo, autoritario, al padre indulgente, explícita o implícitamente cómplice del joven. De un código donde casi toda la sexualidad tenía su cariz prohibidor, culpógeno y pecaminoso, en acto y en palabra, a otro donde casi todo es habilitado y exhibible. ¿Cómo el mandato de castidad ha mutado en su contrario? ¿Quién, cómo y por qué es el autor del cambio?

La cuestión de la definición de los límites entre lo permitido y lo prohibido ha sido desde siempre uno de los vectores permanentes de la función paterna en el conflicto intergeneracional. No se trata de la severidad o laxitud de estos, sino de que su explícita ausencia suprime el borde entre prohibición y transgresión. Pienso que este es un factor clave, al suprimir la prohibición queda abolida la transgresión. Y en mi experiencia y valoración la transgresión y la desmesura son un momento clave de la emancipación adolescente. Aunque muchas veces tenga el carácter de un acto absurdo o insignificante, es un momento clave del desasimiento endogámico de las figuras parentales originarias. La ausencia de un *no* justo, arbitrario o autoritario, es un factor patógeno relevante. Digo esto porque

percibo un mundo adulto timorato y en repliegue frente a un juvenilismo rampante y admirado que inhibe el gesto de autoridad necesario en la confrontación generacional.

Declinación pues de la función interdictora, a veces justa y oportuna, otras veces no exenta de error e imbecilidad, componente ineludible del proceso. Lo que me interroga (acompañando la ideal freudiana de que las patologías extremas ponen en evidencia fenómenos genéricos que pasan inadvertidos en los rasgos habituales) es si la indulgencia en los límites y prohibiciones no es un factor patogénico promotor de conductas extremas. Aumento en la tasa de suicidios en jóvenes, drogadicciones, tribus urbanas, éxito de las religiones sincréticas, ordalías del siglo XXI (la muerte como las picadas de conductores enfrentados o el desafío de cruzar la autopista con los ojos vendados).

Este acto y la propuesta de estudios interdisciplinarios de la Universidad de la República son una vía en esa dirección. Tomando la posta del surco abierto por Barrán en sus últimos textos, propuesta audaz en la que señala que la exploración de lo íntimo es una vía idónea para la comprensión de lo público, me atrevo a este atisbo de interdisciplinariedad, ya que no hablo en una asociación de psicoanalistas, sino en esta universidad que promueve esa dirección de trabajo. Empezamos a compartir saberes e ignorancias, pero estamos en el comienzo y hay mucho camino por recorrer. ♦

RESUMEN

El autor se propone interrogar la función paterna en la actualidad, lo que implica ser juez y parte del problema que se aborda. Es lo que Mijail Bajtin llama organización de un campo dialógico propio de las ciencias del sujeto, subordinado a una epistemología diferente de la de las ciencias naturales. Es saber adquirido siempre conjetural y controversial. Se enfocan sumariamente tres perspectivas, la de los hábitos y costumbres, la de las ciencias sociales, y la propia del psicoanálisis, para problematizar nuestra especificidad respecto a territorios vecinos procurando un lenguaje poroso que evite los dialectos tribales.

Descriptor: FUNCIÓN PATERNA / CULTURA / SOCIEDAD / SUBJETIVACIÓN / DESAMPARO /

Autores-tema: Barrán, José Pedro

ABSTRACT

The paper intends to question the present function of the father, which implies to be judge and jury in one's own case, as regards the subject addressed. It is what Mijail Bajtin calls the organization of a dialogical field that is characteristic of the sciences of the subject, subordinated to an epistemology which is different from that of the natural sciences. It is an always conjectural and controversial acquired knowledge.

Three perspectives are briefly discussed: customs and habits, social sciences and the perspective of psychoanalysis itself, in order to challenge our specificity regarding neighboring fields, seeking a porous language in an attempt to avoid tribal dialects.

Keywords: PATERNAL FUNCTION / CULTURE / SOCIETY / SUBJECTIVATION / HELPLESSNESS /

Authors-subject: Barrán, José Pedro

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARMAN, Zygmunt (2005). *Identidad*. Buenos Aires: Losada, 2005.
- BARRÁN, José P. (2009). *Historia de la sensibilidad. Cultura bárbara y disciplinamiento*. Montevideo: Banda Oriental.
- BUTLER, Judith (2008). *Del texto al sexo y la performatividad*. Madrid, Editorial Egales.
- CASTELLS, Manuel. *La era informática*, t. II, *El poder de la identidad. La Era de la Información. Vol. II: El poder de la identidad*. México, Distrito Federal: Siglo XXI Editores. 2001
- GIL, Daniel y Sandino NÚÑEZ (2002). *¿Por qué me has abandonado? Psicoanálisis y fin de la sociedad patriarcal*. Montevideo: Trilce, 2002.
- (2013). *Paternidades o la paternidad en la encrucijada*. Montevideo: Trilce, 2013.
- HEIDEGGER, M (1990). *El camino al habla*. Barcelona: Serbal. 1990.
- KANT, I (2003). *Pedagogía*. Madrid: Akal. 2003.
- REVAULT D'ALLENES, Myriam (2008). *El poder de los comienzos. Ensayo sobre la autoridad*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores, 2008.
- ROUDINESCO, Elizabeth (2002). *La famille en désordre*. París: Fayard, 2002.
- TODOROV, Tzvetan (2008). *La vida en común. Ensayo de antropología general*. Buenos Aires: Alfaguara, 2008.
- VIÑAR, Marcelo (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo: Trilce, 2009.
- (2013). «Notas sobre la juventud de hoy». En *Revista InterCambios*. Montevideo: Universidad de la República, marzo de 2013.